



UNA educación en exceso individualista nos ha llevado a crear psicología de hijo único. Los aspectos sociales de la vida, que suponen los demás, han quedado algo al borde y nosotros nos hemos encontrado solos en el mundo. El mimo indiscutible hacia todo lo nuestro y nuestra persona son el centro obligado de este círculo donde vivimos guarecidos.

Debemos lamentar este fallo y procurar rellenarlo. Quizás en los tiempos que nos aguardan, forzosamente de sacrificio —y quiera Dios que nos lo repartamos entre todos— tenga su utilidad mirar desde la otra vertiente, aún inexplorada. ¡Una preocupación fraternal curaría tantas cosas!

Existen junto a mí hombres que conviven conmigo. La convivencia suele

ritmar nuestros actos. Algo así como una gimnasia de la vida. Muchas veces desde la mañana a la noche **confluimos** unos y otros, nos vemos, nos hablamos. Todo es una perfecta circunvolución de gestos y sentimientos, donde una parte mía viene a tomar carne ajena, mientras el prójimo entraña mis cosas.

En filosofía se pone de relieve este misterio de largas proyecciones humanas en el que una interdependencia gigantesca hace vivir a los individuos con jugos y sustancias de otros organismos. Ello forma una realidad difícil de desentrañar en terreno especulativo, por peligro de desecación. Pero el cristiano toma en bloque se complejo vivo para creer en un dogma espléndido: la existencia del Cuerpo Místico de Cristo.

OREMOS EN PLURAL

El hombre cristiano es un ser esencialmente atado a otros. Con venas y sangre, porque es miembro de miembros y parte de la Iglesia que es ese cuerpo real, aunque místico, de Cristo (1). Y así pone sus brazos sobre hombros amigos, descansa y marcha por la vida apoyado en manos fuertemente apretadas. Todos miran serenamente al frente y sienten en su corazón el brote de Dios. Esa gracia que los recorre refrigerante y se quiere adentrar e invadir los últimos recodos.

Es verdad que el cristiano tiene planteado el problema de la cristalinidad. No debe estancarse esa agua que salta hasta la vida eterna. Porque vendría la aridez de la tierra pesada y muerta...

Y entonces, ¿qué haremos con el pobre hermano enfermo, sucio, engañado?

Habrà que cargar con él. Llevarlo al mesón y curar sus heridas con vino y aceite. Pagar los denarios que hagan falta. Todo, menos dejarlo en la cuneta comido de moscas, abandonado, desesperado...

Orar en el Cuerpo Místico de Cristo es ser buen Samaritano.

Aquí está el tema de este artículo, meditación o lo que sea.

* * *

He empezado acusando nuestra concepción *individualista* del mundo. Este adjetivo tiene una rima fácil con *egoísta*, que no es —ni mucho menos— sinónimo de personalidad. Por desgracia esa rima es ripio frecuente en nuestros versos. Aun en esos buenos versos, cantados a Dios y que son salmo y plegaria. No pensar más que en mí, no preocuparse más que de mí —ser bueno yo— y también, ¿no orar más que por mí?

La oración es necesaria en orden a conseguir la gracia. La gracia es necesaria en orden a conseguir la gloria y la gloria es necesaria en orden a conseguir la felicidad. Une escalera de con-

(1) Cfr. Encíclica «*Mystici Corporis*» y los maravillosos paulinos en ella citados.

diciones que hay que subir. Pedir por los otros, recomendar a Dios Nuestro Señor es gestionar un trocito de felicidad para nuestros hermanos. Es algo tremendamente cristiano.

Con frecuencia pensamos salvarnos a fuerza de puños. Solos. Y no es verdad. Al comienzo de cualquier esfuerzo, en el fondo de cualquier arranque está Dios dando el impulso. Ni una hoja de nuestra vida se mueve sin que el Señor la toque. Necesitamos, por tanto, la ayuda de Dios y la ayuda de los demás que la imploren por nosotros a Dios. La oración es así un deber fraternal e indispensable. Ellos me lo reclaman y yo puedo exigirselo.

Para empezar a orar

Abrir los ojos. Sencillamente para ver. Mejor, para mirar poniendo voluntad. Aceptemos el caer en la cuenta de lo que nos rodea. Tenemos que reconocer que con frecuencia nuestra mirada ha sido estúpida. Casi animal. Porque de ella no han brotado más que afecciones instintivas y de conservación. Bien, pues ahora miremos sanamente, sin prejuicios o sin tonterías y captemos la enorme realidad que se nos impone.

Ahí están los demás que sirven también para algo distinto de mis intereses y mis relaciones. Ellos de por sí tienen un significado en el mundo y un puesto en la vida. Son un trozo de ser que Dios ha colocado con amor en este rompecabezas complicado, donde hay árboles, bichos y *otros hombres*. Nuestro papel de eje mundial ha sido una monstruosidad. Hemos usurpado lo que sólo pertenece al Señor. Al hacer depender todo de su relación conmigo, he refractado la luz, he roto ópticamente las cosas.

Esos hombres, mis hermanos

Ahora queremos descubrir la verdad bonita de la fraternidad. Porque no basta mirar las cosas —menos los hombres— para llegar al fondo. En

un pasaje delicioso de Saint Exupéry el zorro se despide del principito con estas palabras:

—“Adiós, dijo el zorro. Este es mi secreto. No se ve bien más que con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos... (...). No se conocen más que las cosas que se han llegado a domesticar” (2).

Y de repente nos hemos sentido iguales. Como en una vieja fotografía, recuerdo de familia en el que estamos todos antes de la dispersión y antes de enfadarnos. Olvidamos al Padre común. Faltó El. Le dejamos abandonado en una muerte de lejanía y el trato con los hermanos se llenó de un ritual insoportable. Luego una por una se fueron rompiendo las ataduras, hasta no saber siquiera que nos parecíamos.

Esa es la tragedia del egoísmo que clama como la sangre de Abel.

Padre nuestro

Pero hoy descubrimos que el Padre está en la azotea y, desde ella, cada mañana ha oteado el horizonte. Ha bajado y le hemos abrazado. “Padre, pequé contra Tí y contra mis hermanos a quienes olvidé... ya no soy digno de ser hijo tuyo”. Y Jesucristo nos ha respondido: “Cuando oreis decid Padre Nuestro”.

Para seguir orando

Se trata de seguir. Una vez que hemos roto a orar. Situemos el corazón sin especiales porqués o razones. De una manera espontánea y natural.

Hacer oración es fácil y también difícil. Cuando uno se convence de que Dios llena toda la vida a lo largo y a lo ancho, en lo temporal y en lo eterno, orar resulta sencillo. Se reduce a contar, a comentar o hablar con esa dulce presencia que nos embebe. Volverse con suavidad y rebullirse en la mano que lo

abarca todo, como un pajarito entre paredes.

La oración adquiere un matiz casero y una bondad apacible. Pero esa es precisamente la dificultad. Llegar al punto en que dejamos de ser huéspedes y nos hacemos de casa.

Muchas cosas nos han empujado durante largo tiempo a hacer rutina de nuestro trato con Dios. Una especie de formulismo nos ha invadido el alma. Se habla al Señor con palabras ajenas. Ciertos libros muy llenos de exclamaciones y superlativos han andamiado nuestra piedad y nos parece absolutamente necesario encontrar lenguaje altisonante con tonos de campana o dulcerías empalagosas. Sin embargo, nadie habla a su padre con frases hechas y un diccionario en la mano. Sí, con respeto y cariño. La conversación ordinaria con una persona que nos comprende se desenvuelve fluida. Hay un montón de alusiones, puntos de vista comunes, vivencias compartidas que salen o se suponen. Este es el arte de las almas que hablan con Dios. Llegan a adquirir una flexibilidad, un entenderse con “El que saben les ama” —según la expresión de Santa Teresa... que todo se desliza sobre la suavidad y el bienestar. Han cristalizado en un ambiente divino y su vida está transida de la claridad de Dios.

A veces, habrá escarceos y dificultades, escollos que bordear, aristas y salientes —como nos los describen los maestros de oración— pero que al fin se convertirán en esa sensación indescriptible de estar sentado en la casa del Señor. Y eso es preferible a vivir en los palacios de los pecadores, deslumbrantes, pero un poco tristes y en el fondo aburridos...

Para orar siempre

Creo que el espectáculo de los hombres hermanos debe empujarnos a rezar siempre. Rezar es lo mismo que orar, sólo que con una acusación de desprestigio. Ha habido muchos rezadores que inconscientemente han des-

(2) El verbo francés «apprivoiser» tiene en el contexto un sentido de una profundidad intraducible.

quiciado nuestro frágil concepto del rezo. Pero dejando aparte ese gremio —el beato (que por otra parte puede tener un gran mérito, si ama a Dios humildemente)— es hora de que nuestra idea sobre la oración y nuestra práctica asidua de ella nos hagan rezar, rezar bien y rezar siempre.

Nada mejor para conseguirlo que mirar en derredor. Con unos ojos limpios ya, iluminados que diría San Pablo, y dejar que nos suba ese mundo hirviente de dolores y tristezas, de tragedias, pecados, asuntos eternamente empantanados en la injusticia, la burocracia o la misma presión de la vida...

Sintamos el ahogo. Debatirse y verse impotente para el salvamento, para consolar, para llorar, para presentarse en una actitud decente delante de tanto dolor. Entremos en el mar. Pidamos los brazos de Dios...

Duc in altum!!

¡Guía adentro, Señor! Ahí están esos hermanos nuestros que nos necesitan. En el alma y en el cuerpo. Ese que vive sumergido en el pecado, porque un ambiente le hace entregarse. El ambiente que, muchas veces, se lo encuentra hecho. ¿Se lo hacemos nosotros los buenos? Y ya es un pelele. Con la voluntad vendida a la carne, a los vicios. Los va recorriendo todos, pasa y vuelve a pasar por sus puertas...

Falta un milagro que tense el querer flojo. Falta gracia... y sólo Dios la puede dar. Debemos pedir con conciencia remordida de que yo podía ser así y no lo soy, porque, ¿lo sé?... Quizás alguien se acordó de mí.

Y luego los otros necesitados. Los pobres. Con su misión contrastadora y santificadora (3). Los amados de Jesucristo que llevan en sí la sonrisa de Dios y la complacencia. Pero ahí está

(3) Se puede leer el magnífico libro de E. ARREDONDO, S. J., *«Elogio de la limosna»*. Lo recomendamos por su espíritu auténticamente evangélico. presentado sin paliativos.

el lío, que por un lado el Señor los ama pobres y por otro el que estén así...

Digámoslo claramente, nada justifica esa situación de injusticia social donde hemos arrojado a tantos hombres. Hay un pecado terrible en nuestro "devorar al pobre". De tantos desastres se ha levantado esperanzadora la caricia de Jesucristo —¡qué sería de los pobres sin Jesucristo!— y se ha hecho más llevadera la carga. Como siempre Dios ha enderezado nuestras líneas torcidas.

Pedir por el pobre. Recordar al pobre y santificar nuestra vida con la del pobre. También poner de intercesor al pobre.

Cuando dormimos tranquilos en las noches de invierno, calientes, oyendo la lluvia y el viento, ¿pedimos por los que no tienen una manta? ¿Y por los que viven a la intemperie bajo los puentes y en las cuevas?... Sintamos la vergüenza de tener, mientras mi hermano está destapado y helado... Al levantarnos de la mesa, un recuerdo a los hambrientos. Hoy habrán llenado sus estómagos con dos tomates y un trozo de pan. ¿Esta noche?... Es tremenda la inseguridad de la falta de despensa, vivir en el vacío sin apoyo en la tierra. Y esos hijos que se crían de milagro, esqueléticos y enfermos...

Todo nos debe hacer pensar y orar. Levantar el corazón cargado de este peso oprimente. ¡Señor, suaviza, arregla; Señor que compartamos... Tú partiste el pan para todos! ¡Ojalá sobren doce canastas!

Basta ponerse en contacto con los pobres. Muchas veces los huímos. Nos molesta que nos agüen los planes y rocién la vida de gotas amargas. Y, sin embargo, por ser cristianos no tenemos otra obligación mayor que la del amor al prójimo. Dios ha delegado en los hombres y en ésto conocerán, si somos discípulos de Cristo.

En realidad no lo somos. Puede ser que seamos muchas cosas. Cristianos poco, porque tenemos muy abandonado el mandamiento nuevo.

Oración para no dejar de orar

¡Señor, quiero presentarte mi voluntad seria de orar siempre. Los hombres son mis hermanos y TU eres nuestro Padre. Estás en los cielos y estás en ellos... Se parecen a Tí. Y en sus ojos apagados veo de vez en cuando la llamarada tuya que los llama desde allí. Ayúdame a poner sonrisa en sus caras preocupadas. A quitar lágrimas, a quitar dolor y a dar a manos llenas cariño.

¡Señor, déjame que revuelva con mis brazos esta masa que se cuece. Que toque todos los problemas y todas las miserias. Sin miedo de mancharme o de llenarme de ampollas, porque tus dedos son de buen Samaritano. Pero luego, cargado, abrumado me presentaré a Tí. Mi oración subirá al altar, para sacrificar y para santificar.

¡Qué inercia tan desesperante la nuestra!, casi de demonios puros. Ante

el no poder hemos optado por dejarlo todo a la deriva. Y está, Señor, Tu sangre derramada cada día sobre los cuatro puntos cardinales. Lo único que vale la pena y lo único que puede remediar nuestro desastre. En Tu Misa hay una esperanza florecida para nuestros pecados y nuestras penas.

¡Señor, yo no sé consolar! No llego. Me quedo en la misma periferia del hombre. No puedo. Pero vienes Tú con la solución y en el momento en que los hombres nos hacemos más unos (4), más hermanos, me das el ofrecer al Padre Tu sangre. Sí, Señor, por nuestros pecados, por nuestros dolores, por nuestros hermanos. Y Tu Cuerpo guarde nuestra alma para la vida eterna. Amén.

(4) Tal es la interpretación de 1 Cor. 10, 17.

